

La Matrona de

Versalles

# CAPITULO I

El invierno de 1709, que fue uno de los más fríos del siglo en Europa, acabó de determinar el desastre que vendría sobre Francia: todos los ríos se congelaron, los árboles frutales, las vides, los olivos, perecieron; las siembras se helaron en el suelo; no hubo en absoluto cosecha. Mucha gente murió de hambre durante aquel frio invierno.

Cuando terminó, no hubo que comer. Mendigos en tropel fueron al Gran Palacio y sacudieron las rejas gritando: «¡Pan!» Los mismos criados del rey, que hacía dos años no cobraban su sueldo, pedían limosna.

Desde Cambrai, el arzobispo escribía en sus diarios: «El pan falta frecuentemente a los soldados, lo único que los alimenta es avena y mal cocida. El ejército apenas puede maniobrar, porque no tiene pan sino para un día. Los aldeanos que han perdido su trigo de primavera carecen de todo recurso». Añadía: «Los enemigos dicen que el Gobierno de España, tan despreciado, no ha caído nunca tan bajo como el nuestro».

Pero, años atrás esto no era así en el palacio, aunque en el campo las cosas no habían cambiado mucho.

En la aldea cercana al palacio, desde hacia mucho tiempo, la alimentación era muy sencilla hasta monótona, y ni siquiera asegurada cada día. Hombres y mujeres trabajaban en los campos.

Los vestidos eran pesados, y mal adaptados al trabajo y a los cambios de estación. Las casas parecen mas cuevas malolientes y no existe la higiene. La mortalidad infantil es grande, producto de la falta de limpieza y de la mala alimentación.

En las pequeñas ciudades la vida es muy similar, en poco se diferenciaba de la vida rural.

La tasa de mortandad infantil también era alta debido a las guerras, las epidemias y claro, a la falta de alimentación adecuada.